Sirva esta noticia de aviso á todos aquellos á quienes se refiere el compañero Serrano.

***

Ha sido preso en Gerona el compañero Ramón Gener POR PROFESAR IDEAS ANARQUISTAS.

Esto es el colmo de la estupidez. La banda jesuítica que gobierna España se ha puesto el sombrero por montera y ha hecho de la barbaridad y el atropello una virtud autoritaria.

Que sigan, que al freír será el reír.

***

Las sociedades obreras de la Coruña han publicado un manifiesto, combatiendo la funesta gestión del gobernador Crespo de Lara, en todos los asuntos que se relacionan con las organizaciones obreras, más conscientes allí que en ninguna otra parte de España.

El gobernador, fiel aliado de la burguesía coruñesa, trata á los trabajadores con el *mismo cariño* que el emperador de Turquía á sus esclavizados súbditos; encarcela sin razón ni motivo á los elementos que más se distinguen en el movimiento obrero y hace, en fin, todo lo posible por vejar á las organizaciones societarias, sencillamente porque es gobernador y tiene la sartén por el mango.

Los obreros de la Coruña han contestado dignamente á tales provocaciones.

He aquí la muestra.

«El ambiente que se respira es cálido; la atmósfera es la que se forma y precede á las grandes tempestades, pero no por eso perdemos la serenidad, dándonos cuenta de la situación. Se nos ataca y nos defendemos. Ni buscamos la lucha ni tampoco nos humillamos ante el poderoso. Quede cada cual en su lugar y que las conciencias honradas exijan responsabilidades á los culpables de lo que pueda sobrevenir.

Habitantes de la Coruña, quedáis advertidos.»

¡Muy bien! Así proceden las organizaciones conscientes.

Que vea el gobernador Crespo de Lara si le conviene á la política mauritana reproducir en la Coruña los luctuosos sucesos de mayo de 1901.

***

El compañero Enrique Lafor desea que ¡*Tierra!* de la Habana, le envíe un número como suscripción, á la dirección siguiente:

Rue Pergaminiere. 71, Zapatería Obrera Cooperativa, Toulouse (Francia).

Bibliografía

Gentes Honradas..., por José de Maturana. Buenos Aires, 1907. Hemos recibido esta hermosa obra del compañero Maturana. Admirablemente presentada, lleva en la cubierta el retrato á lápiz del autor, y es el volumen primero de los que el Centro de Educación Popular de Buenos Aires se propone dar á luz. Contiene un hermoso diálogo titulado «Gentes honradas...», «A las doce», comedia dramática en un acto, «La tristeza errante» y «Puertas de gloria», dos artículos muy bien escritos.

Los pedidos de esta obra á la calle Cangallo 1699, librería, Buenos Aires.

—*La Internacio*, canto revolucionario, por Eugenio Pottier, traducción al Esperanto por A. P. Beauchemin y Fi-Blan-Go. París 1907. Pertenece á la Biblioteca esperantista «Paco-Liberecoo». Ejemplar suelto, 15 céntimos, incluso el franqueo.

Dirríjanse los pedidos á R. Louis, 45, rue Saintonge, París (IIIe), Francia.

—He aquí el sumario del núm. 3 del *Boletín de la Internacional Anarquista*, correspondiente al mes de marzo:

«En la Argentina»; «La huelga general y el movimiento anarquista»; «El movimiento anarquista de Bohemia»; «Estados Unidos de América»; «Memoria presentada al Congreso de Amsterdam por los camaradas Emma Goldman y Max Baginsky»; «Crónica del movimiento revolucionario en Rusia desde septiembre 1907 á febrero 1908»; «Suiza: persecución de anarquistas rusos; «Italia», por Luigi Fabri; «Japón», por D. K.; «La crisis del proletariado británico», por Tarrida.

—La Biblioteca «Salud y Fuerza» ha publicado la cuarta edición del interesante folleto *Crimen y criminales*, en el cual va incluído la «Exposición de doctrinas neo-malthusianas» y «Consulta sobre el uso y aplicación del obturador uterino.

Precios del folleto: 10 céntimos. Pedidos á Plaza Comercial, 8 (Borne), Barcelona.

Correspondencia administrativa

Valverde del Camino.—P. C. Recibidas 7,00; por paquetes, 5,65; para «Humanidad Nueva», 1,00 y 0.35 para la comisión.

Nerva.—B. C. Idem 2,50; como donstivo, 0,50; para presos, 0,95 y 1,05 para la comisión.

San Andrés.—M. C. Idem 1,50.

Pruna.—M. R. Idem 3 30; por números, 1.35; como donativo, 1,65 y 0,30 para folletos. ¿Qué folletos quieres?

Riotinto.—Grupo «Vanigni». Idem 50,00; por paquetes. 12,00; como donativo, 2,35; para «La Voz del Cantero», 10,00; para «Humanidad Nueva», de T. B., 4,10; para «Solidaridad Obrera», de J. L., 10,00; para «Salud y Fuerza», de M. J., 8,80 y 2,75 para la Oficina Internacional. La encuadernación de la obra «El Hombre y la Tierra» cuesta 5 pesetas cada tomo.

Casares.—A. V. Idem 5,00 por paquetes.

Córdoba.—S. B. Idem 3,50; por tu suscripción, 2,00; por la de J. F., 1,00 y 0,50 para la comisión. Creemos firmemente que enviaste dicha cantidad. Es mejor por giro mútuo.

Barcelona.—La Comunal. Idem 3,00.

Barcelona.—J. P. Idem 5,30; por números, 3.30; como donativo. 1,00 y 1,00 para presos.

Cádiz.—J. J. Idem 11,45; por paquetes, 2,90; como donativo, 3.15 y 6,13 de M. B.

Granada.—M. R. Idem 7,00; por la suscripción de J. L. 4,00 y 3,00 para la comisión.

Pueblo Nuevo.—Idem 4,00; por el 54, 3,00 y 1,00 para presos.

Montesquiu.—M. M. ¿A quién fueron entregadas las 4,00 pesetas? ¿Fueron en el local de esta Redacción ó en el de la calle Talleres?

Toulouse.—E. L. Idem 10,00; por suscripción, 1,70; como donativo, 4.15 y 4.15 para la comisión. Dirígete para «Cantos Rojos», á «La Protesta», Libertad, 837 839. Buenos Aires.

Habana.—M. S. Idem 102,00; como donativo, 72 80; para presos, 23.20; para «Humanidad Nueva», 2,00; para «Solidaridad Obrera», 2,00; para «Cultura», de Madrid, 1,00 y 1.00 para postales.

Silos de Calañas.—L. J. Idem 7,00; por paquetes, 5.40; como donativo, 0,85 y 0,75 de M. R. Anotadas las 3.00 para M. S. de Sevilla.

Alcudia de Carlet.—E. Ll. Idem 1.00 por números.

Imprenta José Ortega, San Pablo, 96.—BARCELONA

MARIANA

I

La reunión había terminado.

Todos los asistentes á ella, unos catorce aproximadamente, estaban de pie, formando corrillos en los que se trababa animadísima conversación sobre los acuerdos adoptados. Hablaban bajo, como si temieran ser escuchados por alguien invisible.

Entre el murmullo producido por las conversaciones sobresalía la vocecita, algo chillona á veces, de una linda muchacha rusa, de bellísimos ojos azules. Los que componían el corro de que ella formaba parte la miraban atentamente, sentían á sus observaciones ó consejos y procuraban esquivar en lo posible los manotazos que en el transcurso de su peroración asotaba el aire, y que constituían su gesto favorito.

Arengaba valientemente á sus compañeros, hablábales de huelgas, de motines, de sublevaciones... Sentía hervir su sangre con el recuerdo sanguinolento de la lucha á que se habían entregado sus «hermanitos», como llamaba á los heróicos revolucionarios rusos. Declarábase internacionalista y abogaba ardientemente por la unión pronta é indestructible de todos los oprimidos. Examinaba, descuartizaba por completo las partes integrantes de la sociedad para venir á parar en una crítica acerba contra las clases directoras. Hablaba de todo: de la poesía, de las artes, del amor. Fustigaba sin piedad la gazmoñería imperante y negaba que la sociedad actual pudiera engendrar el verdadero amor. «¿Cómo es posible—decía graciosamente—que cantemos las excelencias de una vida que no vivimos?»

Su voz fluía de su boca armoniosamente. De vez en cuando lanzaba un chillido escandaloso que pugnaba por traducirse en palabra: era el más fiel reflejo de su irritabilidad. Este defecto, al contrario de lo que es de suponer, acrecentaba aún más la simpatía que su amenísima charla producía entre sus oyentes.

Su corazón generoso, impregnado todo él de un cariño hacia los humildes que rayaba en romanticismo, se encogía horrorizado ante el derramamiento de una sola gota de sangre. Incapaz de comprender la existencia del Mal, era una criatura buena entre las buenas. Por eso la querían y respetaban tanto sus compañeros.

La tarde declinaba. Las conversaciones habíanse reducido á íntimas confidencias hechas en voz apenas perceptible. Las espirales de humo de los cigarros ascendían lentamente hasta el techo de la habitación, extendiéndose al choque contra la pared y esparciéndose por el cuarto en forma de caprichosas figurillas.

Sobre una especie de mesilla empotrada en la pared, había varios periódicos de diferentes idiomas: *Freedom*, TIERRA Y LIBERTAD, *Les Temps Nouveaux*, *Germinal*, *La Protesta*, *Il Libertario*..., muchos más, formando una pintoresca y abigarrada mescolanza de diversas lenguas, pero unidos todos bajo la misma bandera de protesta y de rebeldía.

De repente, la rusa desapareció de la habitación, presentándose á los pocos momentos llevando en una de sus manos un quinqué encendido que colocó sobre la mesita.

Esta fué, sin duda, la señal de despedida. Cruzáronse saludos cariñosos y fuertes apretones de manos entre la rusa y sus compañeros, animáronse mutuamente con frases pletóricas de entusiasmo y, poco á poco, el local fué quedándose vacío. Sólo permanecían en él la rusa y Jaime Ortiz, uno de los asistentes á la reunión.

La luz difusa del quinqué, recogiéndose en la pantalla de blanquísimo cartón, arrojaba su claridad contra las hojas periódicas arrebujadas sobre la mesa y sumía á la habitación en una semiobscuridad encantadora.

Al verse solos, la rusa y Ortiz se besaron. Aquel beso aseguraba una era feliz de cariño y fraternidad. El amor se había apoderado del lugar en que, momentos antes, dióse una conmovedora muestra de solidaridad por parte de todos los compañeros reunidos en casa de la deliciosa revolucionaria rusa.

II

Llamábase Mariana Smirnoff.

Era oriunda de Odessa, la ciudad más agitada de la Rusia meridional. Sus padres, naturales de Nikolskoye, fueron asesinados por las turbas fanáticas en una casa del barrio de Varsovia, donde vivían.

Mariana, que cuando tuvo lugar este suceso contaba apenas 15 años, fué recogida solícitamente por Nicolás y Miguel Bukoiemof, dos hermanos poloneses que tomaron parte activa en el movimiento insurrecto de Polonia contra la dominación rusa, en el año 1863.

Mariana solía relatar á menudo el motivo á que debió su casual salvación en aquella bárbara cruzada contra los judíos. Al recordar todo cuanto se relacionaba con aquel acontecimiento, aseguraba con cómica formalidad que la salvajada de que fueron víctimas sus padres no quedaría impune.

Algunas noches, después de cenar, mientras las tazas del té humeaban sobre la mesa, Mariana pedía á Nicolás que le refiriese algunas «cosas» de la insurrección polaca. Y Nicolás, con el fuego de la pasión en los labios, dando á sus palabras cierto aire de rebeldía, refería elocuentemente las peripecias de aquel movimiento y las consecuencias que trajo para Polonia.

Ponía de manifiesto las infamias cometidas por la autocracia rusa y reseñaba extensamente las manifestaciones de 1861 en Varsovia, cuya represión dió origen al levantamiento de Polonia.

Hacía desfilar en procesión macabra las torturas y las ejecuciones contra los revolucionarios, como así mismo los miles de polacos desterrados á las minas siberianas.

Luego venía la relación tristísima y miserable de la vida en las estepas. Los estragos del clima tan horrorosamente frío que congelaba ríos enteros; los trabajos forzados, bajo el látigo del cosaco y la amenaza de ser enviado á extraer carbón al fondo de la mina; las vejaciones de que eran objeto por la mayor parte de aquellos desalmados funcionarios que representaban en la Siberia á la ladrona administración rusa; el estado de miseria en que se encontraban las familias de los revolucionarios desterrados, á los que habían seguido voluntariamente desde Rusia; todo, todo aquello que con cortas intermitencias salpicaba de sufrimientos su azarosa vida, toda aquella cohorte de desdichas que se concentraban para apagar la llama de la revolución y de la protesta.

Y, sin embargo, era inútil. Allí nadie se doblegaba, nadie abandonaba su ideal querido, ninguno osaba retractarse en sus creencias. El mismo bárbaro tratamiento á que eran sometidos hacía crecer en sus pechos el ansia de la revancha. Todo rigorismo era contraproducente.

Y Nicolás daba fin á su extensa narración relatando con todo lujo de detalles la evasión suya, evasión que fué considerada por Mariana como un alarde de originalidad y astucia.

He aquí cómo transcurrían las noches en la hospitalaria casita de los Bukolemof. Y he aquí cómo la propaganda educadora y revolucionaria de los dos hermanos iba formando paulatinamente un carácter y describiendo con tonalidades rojas el camino de su redención.

III

Corría el año 1905.

Ginebra se hallaba plagada de refugiados rusos, obreros y estudiantes en su mayoría. En las barriadas obreras en que habitaban muchos de los refugiados y por entre los cafés y centros en que acostumbraban reunirse, pululaban también innumerables espías rusos.

Todas las noches se celebraban reuniones en las que uno cualquiera de los compañeros leía en alta voz cuantas noticias referentes á la marcha de la revolución rusa se recibían en Ginebra por conducto fidedigno. Pronunciábase luego algún que otro discurso que inflamaba de entusiasmo los corazones y, finalmente, se hacía una colecta para ayuda de la revolución.

Mariana asistía á la mayor parte de estas reuniones. Cada día que pasaba era para ella una revelación que le sumía en intrincadas y filosóficas disquisiciones sobre el porvenir de la humanidad.

Vivía ahora en una deliciosa casa de la calle de los Savoises, en compañía de un muchacho de su misma edad, un español que fué expulsado de su país por profesar ideas anarquistas, Jaime Ortiz.

Mariana, que contaba ya veinte años, habíase unido á Ortiz por afinidad, por amor. Más práctica que la mayoría de sus contemporáneas, no había esperado sanción alguna para unir su vida á la de Ortiz. Consideraba depresiva para esta clase de actos la autorización del juez ó del cura, «tipos ambos—decía—que tienen la propiedad de *desencantar el en anto* de la unión amorosa».

La educación que ahora recibía de su compañero había influído mucho en su carácter y en sus modales. Gracias á la propaganda francamente anarquista de Jaime Ortiz, la vivaracha rusa había llegado á comprender la iniquidad que representa la actual sociedad burguesa, donde la vida, la alegría y la tranquilidad de millones de seres dependen de una estúpida é irrisoria clase capitalista que, en su afán por el lucro y la ambición, no vacila en lanzar unos seres contra otros, lucha fratricida á la que se ha dado en llamar guerra.

Al día siguiente de la reunión celebrada en casa de la rusa, Jaime salió muy de mañana y se dirigió á la redacción del periódico *Le Réveil*, donde entregó unas cuartillas para el número de aquella semana. Seguidamente se fué á las casas de algunos camaradas rusos y franceses que se hallaban refugiados en Ginebra, y á la caída de la tarde, en unión de su linda compañera, partió para Rusia.

IV

Era una noche del mes de diciembre. El frío era intensísimo y la nieve, impelida por la fuerza de la ventisca, danzaba en remolinos de blancos copos.

Hacía apenas media hora que Jaime y Mariana habían llegado de Suiza. Cansados por viaje tan largo como pesado, se dirigieron en seguida á casa de un revolucionario íntimo amigo de Jaime, á quien éste conocía por haber estado otras veces en San Petersburgo. Marchaban los dos del brazo, muy juntos, apretujándose á la revuelta de cada esquina cuando los pelotones de nieve helada azotaban sus rostros.

Repentinamente, el ruido de un alegre campanillico les hizo volver la cabeza: era un trineo. El argentino sonido de las campanillas colocadas en el arco de madera que va sobre los caballos, interrumpía ruidosamente el continuado silencio de la noche... Y el trineo pasó, arrojando contra Jaime y su compañera una ráfaga de aire tan intensamente helado, que les hizo el efecto de un cuchillo que penetrara hasta las entrañas... Fué tan rápido, que solamente pudo vislumbrarse, en el fondo del trineo, la rojiza lumbre de un cigarrillo...

Habían llegado. Hallábanse ahora ante una casa de aspecto pobre y de un solo piso, además de la planta baja. Jaime llamó á la puerta, que no tardó en abrirse, y, seguido de Mariana, avanzó rápidamente por un corto pasillo sumido en la obscuridad. Entreabrióse una puerta al final y un rayo de luz hizo irrupción en el pasillo, bañando las ateridas caras de los dos viajeros. Unos brazos amigos les dió á conocer que se hallaban á salvo de toda asechanza policiaca, y juntos todos se encaminaron á una habitación interior.

Pedro, que tal era el nombre del que hacía de dueño de la casa, sonreía satisfecho. Estaba radiante de alegría; sentíase orgulloso de albergar en sus habitaciones á dos revolucionarios como Mariana y Jaime, cuyas fotografías obraban á millares entre la odiosa policía rusa.

Bebieron té, hablaron un poco de la revolución y acordaron irse á descansar en vista de lo avanzado de la hora.

Pedro condujo á sus huéspedes al piso de arriba. Advertido, sin duda, de la llegada de Mariana y su compañero, les había preparado un cuarto relativamente espacioso y con una amplia ventana á la calle.

Quedáronse solos. Jaime comenzó á liar un cigarrillo, en tanto que Mariana, castañeteándole los dientes de frío, desnudóse en menos de un minuto. Crujieron broches y corchetes, desdiciéronse lazos y nudos, y el suave deslizamiento de las ropas dejóse oir en la quietud amorosa de la alcoba... La apetitosa mujer se metió en la cama...

—¡Jaime!

—¿Qué quieres?

—¡Acuéstate!

Apuró Jaime Ortiz la colilla que aun le quedaba del cigarro, escupió dos ó tres veces y, acercándose á la cama, dió una última chupada al pitillo y echó una bocanada de humo á la cara de la rusa.

—¡Lo...co...!

Ortiz se rió de muy buena gana y la besó en la boca.

Comenzó á desnudarse.

Mariana, que ya había conseguido entrar en reacción, sintió un escalofrío al ver todavía nieve en la *shuba* de piel de nutria que acababa de quitarse su compañero.

—¡Jaime!

—¿Qué quieres, mujer?

—¡Qué bonita es la nieve...! ¡Yo quisiera morir entre nieve!

—¡Tonta!

Jaime, desnudo ya, encajó bien las maderas de la ventana y se acostó.

Fuera, la ventisca arreciaba furiosamente, y la nieve, juguetona y danzarina, continuaba cayendo con monotonía desesperante...

V

Apenas clareaba el día cuando Mariana y Jaime se levantaron. Desayunáronse deprisa, cambiaron breves palabras con el dueño de la casa y montando en una «troika» que les esperaba en la calle, desaparecieron envueltos en la espesísima nevada.

Jaime y su compañera habían sido los designados para realizar la difícil y peligrosa empresa, digna respuesta al yugo de la aristocracia. Las prisiones, los registros domiciliarios, las deportaciones, toda la obra infame del czarismo en lucha contra sus rebeldes súbditos, había acabado la paciencia excesiva de los revolucionarios. Y allá abajo, en Ginebra, tras algunos estudios sobre un mapa topográfico de los alrededores de San Petersburgo, acordóse sin discusión lo que debía hacerse.

No hubo vacilaciones. Mariana y Jaime aceptaron el encargo contentísimos.

VI

En los comienzos del año 1907 corrió por las columnas de la prensa diaria, en escuetos telegramas, la noticia de la catástrofe.

Un tren especial blindado había descarrilado en una de las curvas más pronunciadas de la línea férrea entre San Petersburgo y Moscou.

Nadie se salvó de la catástrofe. Hechas las averiguaciones consiguientes, se convino en que el descarrilamiento fué debido á la poca previsión del maquinista, que lanzó el tren á toda velocidad en un lugar tan peligroso como aquél.

Identificados los cadáveres, descubrióse que el maquinista del expreso descarrilado era una mujer vestida de hombre.

La que en aras del ideal se sacrificara de tal manera no era otra que Mariana.

El cuerpo embalsamado de la gran revolucionaria fué expuesto durante varios días al pueblo de San Petersburgo para su identificación.

Nadie la reconoció. Ni siquiera Jaime Ortiz, que, sin inmutarse lo más mínimo, fué á ver por última vez á la que en vida había sido la compañera de sus penas y de sus alegrías...

LUIS M. MOSQUERA.

Madrid.

Año V — BARCELONA 21 DE MAYO DE 1908 — Epoca 2.ª—Número 56

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º | Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

La muerte del anarquismo ó los intelectuales de pega

Ramiro Maeztu tiene fama de buen escritor, pero yo tengo la desgracia de no leer de él más que lo que ningún escritor bien equilibrado pondría sobre su firma.

Hace algunos meses vino á verme un amigo y me enseñó un diario, diciéndome: —Mira lo que Maeztu dice de ti, y me señaló esto: «El pueblo catalán se hizo anarquista porque Anselmo Lorenzo se puso del lado de Bakounine y en contra de Marx en el congreso de La Haya.» Aquello era una enormidad inconcebible, porque yo, pobre obrero tipógrafo, muy conocido en mi casa y en las imprentas en que me he sometido al derecho de accesión, ¿de dónde había de sacar influencia y poder para semejante cosa? Además, yo no he estado jamás en La Haya, y cuando se celebró aquel congreso estaba en España, no al lado, sino á unos dos mil kilómetros de Bakounine. Para colmo del absurdo, aparte de la inexactitud, decía Maeztu en el mismo artículo: «En Cataluña, y sobre todo en sus regiones industriales, hay un pueblo que piensa por su cuenta y con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo.» ¿Y un pueblo así consciente había de hacerse anarquista por la supuesta maniobra de un desconocido?

Ya tenía aquello contestado y olvidado, cuando el otro día me enseñaron un periódico con apariencia de revista, embutido de inestéticas fotografías cortesanas, que insertaba un artículo con esta nueva muestra de la sabiduría de Maeztu: «En cuanto los intelectuales catalanes han dejado de ser anarquistas, el anarquismo catalán ha quedado disuelto.»

Claro es que para dejar de ser anarquistas, los intelectuales catalanes, con su inteligencia y todo, habían de ser antes anarquistas. Pues en líneas anteriores del mismo escrito afirma Maeztu que «sólo en pueblos ignorantes, incultos, medioevales crea prosélitos el sistema ácrata». «Si Barcelona, dice, hubiera conocido en 1880 los libros de sociología que después han publicado sus casas editoriales, jamás habría logrado arraigar el anarquismo.» Luego los intelectuales catalanes, según Maeztu, eran ignorantes, incultos y medioevales en 1879, y su ilustración posterior es postiza, aprendida en libros que otros escriben, y por tanto, el pueblo trabajador, al abandonar el anarquismo, admitiendo por un momento la desacreditada y gratuita afirmación de Maeztu, obró con más cordura que los intelectuales. ¿Pero no habíamos quedado en que el pueblo catalán piensa con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo? ¿Qué lógica es la de ese intelectual?

Lo que resulta patente en todo esto es que corren por ahí intelectuales con firma acreditada que carecen del más común de todos los sentidos, y que la burguesía editorial que los paga y la burguesía lectora que compra sus papeles, tienen buenas tragaderas y se hartan sin reparo de gato por liebre.

En los primeros tiempos de La Internacional, cuando las grandes verdades sociológicas expuestas en sus congresos aniquilaban dogmas, sofismas y convencionalismos; cuando el mutualismo cooperativo, los radicalismos políticos y todo género de desviaciones iban de baja, y no había todavía necios que se llamaran super-hombres, muchos de los que ensuciaban papel con tinta y pluma se titulaban «obreros de la inteligencia», reivindicando el primer puesto entre los grupos obreros; en tanto que hoy, pasada la moda, mientras los trabajadores en lucha con la arbitrariedad autoritaria, la codicia patronal y las artimañas políticas sufren persecuciones, miseria y timos democráticos-radicales á la par que señalan el ideal con certeza evidente y firmeza imperturbable, los escritorzuelos arrivistas se ufanan con el título de «intelectuales». ¡Pobres chicos, los que tienen que escribir! no para extender sus conocimientos ni para dar legítima satisfacción á su conciencia, sino para obtener los garbanzos de la accesión, como cualquier gasapán, ó para hacer méritos en el escalafón arrivista, no siéndoles deudores del menor adelanto la ciencia, ni el arte, ni la filosofía, ni la cultura general.

Yo no sé si Maeztu, por los escritos suyos que desconozco, será ó no uno de esos intelectuales de pega que tanto abundan, pero si hubiera de juzgarle por lo que dejo citado...

Sin duda Maura no concuerda con Maeztu, ni debe dar gran importancia á la acción mortífera de los intelectuales ex-anarquistas, cuando, además de pagar innumerables polizontes, intenta sacar á salvo la ley de represión del anarquismo, con la cual, sea dicho de paso, es posible que el anarquismo se purifique, regenere y fortifique.

Por todo lo cual me complazco en dedicar á Maeztu este popular recuerdo:

Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.

ANSELMO LORENZO

Anticipación

El artículo «Locura de Maura é idiotez obrera», publicado en El Pueblo, *de Valencia, con la firma de su director, F. Azzati, reclama una contestación.*

La circunstancia de ser yo uno de sus colaboradores me obliga á contestar por mi parte, y lo haré tan pronto como mi estado y perentorias obligaciones me lo permitan para, en contra de la tesis del periodista valenciano y de la forma ofensiva con que la desarrolla, proclamar una vez más con la Asociación Internacional de los Trabajadores que: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material; que todo movimiento político ha de subordinarse á la emancipación económica de los trabajadores.»

Ruego á los lectores de la presente que conozcan el artículo citado que, substrayéndose á toda sugestión, esperen la defensa prometida para juzgar con juicio propio.

ANSELMO LORENZO

La grande Araña

«El presente organismo social es una inmensa telaraña entre cuyas redes se ve presa la humanidad inhumana, muriendo entre el engaño y el crimen, la prostitución y la muerte, para conservar la vida de la grande araña capitalista confeccionadora de la actual telaraña social.»

(Postal n.º 1 de la colección *Tramontana.*)

No hay paso franco posible; la telaraña lo llena todo. Formada con textos de leyes que son la baba de la enorme araña capitalista, que es el Estado, extiéndese por el espacio existente entre las distintas instituciones político-religioso sociales.

Desde los muros oficiales á los agrietados tabiques de las miserables bohardillas, desde las cumbres de las montañas á los valles y llanuras, extiéndese y toma fúnebre marco la urdimbre burguesa ouya araña no se sacia jamás de devorar á los seres que van cayendo en sus redes.

El obrero productor es devorado. El burgués no capitalista es devorado. El escritor y el artista son devorados. El ignorante es devorado y el sabio lo es también.

Y entre los pliegues de esa telaraña social los insectos en ella presos luchan por liberarse. Y el obrero lucha contra el obrero; el burgués contra sí mismo y todos juntos contra sí. El escritor y el artista también *se baten;* y los más, haciendo de su inteligencia y de su arte un oficio ó profesión, se ofrecen á la *Araña*, á la que *alquilan* su intelecto y *venden* su obra... Son los *esquirols* del arte y de la pluma, más numerosos que los del taller y de la fábrica.

A pocos se los ocurre matar la *Araña*, luchando contra ella ó tratando de destruir la red que les oprime; y como son pocos, son vencidos. La alimaña se sostiene sobre muchas y fuertes instituciones, y se necesitan enormes esfuerzos para derribarlas. Cuando sean muchos los que, dejando de combatirse entre sí, dirijan sus ataques al enemigo común, poco esfuerzo bastará.

Esas instituciones no son fuertes más que por la fuerza que les suministran los trabajadores con su resignación, docilidad y acatamiento. Sin esa negligencia ó dejadez por sus intereses, la humanidad prisionera dejaría de ser víctima del terrorismo gubernamental de la Araña capitalista-religioso-política, y ni la cruz, ni el sable, ni el Krupp, ni la bomba policíaco-rullesca, ni la guillotina, ni la horca, tendrían la virtualidad de engendrar y fomentar el fanatismo supersticioso, la ignorancia, el salvajismo y el terror.

Una sociedad que necesita para sostenerse de la miseria moral y material, del crimen individual y colectivo, de la prostitución del *alma* y del cuerpo, y, por lo tanto, de cárceles, cuarteles, conventos y prostíbulos, no es una sociedad verdaderamente fuerte, porque no es sana.

Una sociedad así debe desaparecer.

Hay, pues, que matar la *Araña*, y no como san Jorge, sino negándose á colaborar en la fabricación de nuestras propias ligaduras y á no sancionar con la apatía é indiferencia el funcionamiento legal de la telaraña social vigente, y más aún, destruyéndola con el escobón revolucionario.

Sólo en un ambiente sucio y descuidado es donde pueden establecerse telarañas. Manténganse siempre limpias las convicciones de los hombres conscientes de sus derechos; hagan los trabajadores un baldeo general de sus propios prejuicios por medio de una higiénica instrucción, estudiando las cuestiones sociales en la moderna sociología, y con seguridad quedarán limpios de polvo y paja político-religiosa y demás suciedades donde sienta sus reales la grande Araña capitalista confeccionadora de la actual telaraña social.

Sólo así surgirán las energías suficientes para manejar con éxito el escobón revolucionario.

JULIO MONTEGRO

CAMPAÑA

contra el Terrorismo y contra la Ley de Represión

El triunfo de los dinamiteros

Habéis triunfado, sí, y como es cierto hay que reconocerlo: habéis triunfado, como triunfan hoy todos los malos, como triunfa Maura, por ser malo, el primero de los malos.

No hay nadie que pueda señalar un buen liberal como autor del terrorismo y, sin embargo, contra los liberales se hace la ley; no estará ésta justificada, pero se hace; claman contra ella individuos, colectividades, pueblos enteros, y, sin embargo, se hace; la información del Parlamento es aplastante, y la ley se hace; y este al parecer extraño fenómeno tiene lugar porque aún no se ha percatado el pueblo y quien no lo es de que cuando se lucha con un hombre soberbioso y malo entregado y puesto al servicio del jesuitismo, para quien la razón es nada, el derecho de todos una cosa sin valor que no es necesario respetar; la Constitución una ley que no debe acatar quien se cree por encima de ella y la nación entera un feudo del endiosado pastor de la mala causa; cuando un pueblo, en fin, se halla frente á un hombre tan malo y tan soberbio como don Antonio Maura, debe cesar el lenguaje razonable y correcto, deben echarse á un lado todas las conveniencias sociales, y sin miramientos de especie alguna, empleando todos los medios y presentando á la faz del mundo al hombre y á su obra, todo lo malos que uno y otro son en sí, hacer odioso y trabajar cuanto sea dable en todos los terrenos y por todos los medios hasta conseguir que su nefasta obra se destruya y su autor caiga con ella desde las alturas en que, para bien de todos, nunca debiera haber llegado.

D. Antonio Maura carece de una cualidad esencial á los hombres, el valor; podrá ser una culebra que se arrastra y acecha el paso de su presa para traidora é impunemente arrojarse sobre ella y devorarla, pero no tendrá jamás la arrogancia y la franqueza del león; ni tuviera el valor de sus actos, he aquí cual fuera su lenguaje:

En Barcelona existe una plaga que se llama terrorismo; hubo una época en que con más ó menos fundamento pudimos creer que sus autores eran los anarquistas; el tiempo y los hechos probaron nuestro error; los anarquistas, que son ciudadanos españoles como los demás y que contribuyen á las cargas generales como todo el mundo, debieron y deben gozar de los mismos privilegios y respetos que el resto de los españoles; pero cuando los dinamiteros, más astutos ó más hábiles que todas las autoridades de Barcelona—y conste que no decimos otra cosa, no porque no la pensemos, sino porque no podríamos probarla,—han lanzado una y otra bomba y sembrado el pánico en la población, las autoridades, obligadas á detener individuos para aparentar ante la opinión que cumplían su deber, sabiendo que los anarquistas son pobres de dinero y que tras ellos no hay diputados y senadores que los defiendan, registraban sistemáticamente sus domicilios y los conducían á la cárcel, enteramente, plenamente convencidas de que su acto era ilegal, que constituía un atropello, una arbitrariedad, una injusticia, y que aquellos hombres tendrían que ser puestos en libertad no sólo porque eran inocentes, sino porque sabrían defender su inocencia.

Diría más: diría que aquellos mismos anarquistas habían, en más de una ocasión, señalado á las autoridades verdaderas pistas de altura, que, por ser tales, habían sido abandonadas por las autoridades antes de comenzarlas, porque esas autoridades, que tan pródigas se han mostrado siempre que se ha tratado de atropellar y detener obreros, se han detenido á la puerta de los poderosos cual si los millones ó las grandes influencias fueran un salvoconducto para la comisión de cualquier delito que un día pueda convenirles cometer para la consecución de sus bastardos fines.

Diría más don Antonio Maura: diría que todos ó la mayor parte de los dinamiteros materiales y todos los inductores ó autores morales, están perfectamente libres, tranquilos y seguros, y que si al parecer han cesado las bombas es, no por miedo á las leyes de rigor que el gobierno pueda confeccionar, porque si estas leyes los matarían igualmente los mataría la ley de explosivos que hace 14 años existe, sino por que su plan liberticida parece tocar á su fin, y que si las bombas se lanzaban para de algún modo justificar la ley de represión, cuando ésta está en camino de aprobarse, ellos han triunfado en toda la línea, y las bombas, por ahora han cumplido su misión y pueden cesar, lo que no quita para que puedan en otra ocasión lanzarse cuando nuevamente pueda convenir á sus infames autores.

Diría más el señor Maura: diría que el terrorismo y la ley de represión no son la una consecuencia de la otra, sino dos cosas esencialmente diferentes aunque tengan ó puedan tener una perfecta relación: diría que el terrorismo es una llaga honda, muy honda, alta, muy alta, que la ley de represión no ha de curar puesto que el verdadero remedio es por el contrario una amplia libertad, y que sun cuando existan hoy ó puedan existir mañana indicios racionales de culpabilidad contra elevadas personas, éstas, como siempre, escudadas en su posición continuarán disfrutando de la tranquilidad y de la impunidad á que no ellos sino los anarquistas son acreedores por su honrada conducta.

Diría más el soberbio aprendiz de tirano: diría que la ley de represión no está justificada, que es anticonstitucional, que es atentatoria al derecho común y á las libertades políticas que adquiridas en larguísima y cruenta lucha del pueblo español forman hoy parte de su espíritu y de su vida moderna, que dicha ley es una satisfacción á los bastardos deseos del Comité de Defensa Social de Barcelona y de la alta burguesía que en el progreso de este pueblo ve un peligro para sus privilegios y sus capitales adquiridos en la compra venta de negros y en los escandalosos agios realizados durante las guerras coloniales: que esta ley es una mordaza y un grillete para el pueblo que piensa, progresa y aspira á redimirse y que contra todo derecho, contra toda razón y contra toda justicia, trata de imponerla porque satisface sus reaccionarios instintos y los de la taifa de jesuitas que forman su cohorte y completa ó forma parte importante y principal del plan de retrogradación ha tiempo concebido.

Diría más el que olvida la severa lección de Portugal y se cree bastante fuerte para avasallar al pueblo: diría que astuto y conocedor del grave mal que intenta inferir al pueblo, supone que éste pudiera levantarse en defensa de su libertad y de su derecho, y por si este caso llega, ha tomado militarmente Barcelona reconcentrando la guarnición y haciéndola prestar servicio permanente en las calles, creando numerosos cuerpos de policía que si han sido perfectamente inútiles para evitar uno solo de los atentados ni descubrir á sus autores, no lo serían para ametrallar al pueblo ó imponerse por el terror, al menos en tanto que el pueblo sea tan inocente que trate de luchar con piedras y pistolas y una gran dosis de sentimentalismo, contra una fuerza potentemente organizada que obedece á la consigna de la imposición á todo trance.

El hecho real é innegable es que los dinamiteros han triunfado en su plan liberticida y absolutista por qué al frente del gobierno existe un hombre tan liberticidá y tan absolutista como ellos y que dispone del onmímodo poder que